

CAPITULO III

¡OH, NOCHE DE AMOR, BELLA NOCHE DE AMOR!

EN el harén y en el *selamlík*, en el departamento de las mujeres y en el de los hombres, se pasó el resto del día saboreando las delicias de la mesa y los encantos de la música. La hora de la plegaria vespertina y la voz del imán pusieron repentino fin a las orgías e interrumpieron los cantos. Cada uno de los hombres se apresuró a tomar sitio jerárquicamente en las filas de los fieles que iban a invocar la bendición del cielo sobre los que aquel día serían unidos por el sagrado lazo del casamiento.

En primera fila hubiera debido figurar el padre de la novia; pero ya hemos dicho la razón, nada buena para él, de que faltase, y hasta de que Kara-Selim creyese oportuno ocupar su lugar, preferente al de todos sus oficiales, íntimos y servidores.

Cuando terminaron las oraciones, se levantaron todos y formaron un círculo en torno al imán, quien, volviéndose hacia el novio, recitó una especie de jaculatoria para invocar a Alah y rogarle que derramara sus beneficios sobre los nuevos esposos.

Apenas acabaron de ser pronunciadas las últimas palabras, estalló en el castillo una fuerte descarga de fusilería.

Kara-Selim, que hasta entonces había estado con los brazos cruzados y la frente cada vez más sombría, levantó la cabeza, y al ver la gran inquietud que todos mostraban por los disparos acabados de oír, colmó la emoción general con una frase pronunciada siniestramente.

—*¡Comienza la fiesta de la noche!*—dijo.

Al mismo tiempo llegó un oficial, que se le acercó.

—¿Qué hay?—preguntó Kara-Selim.

—*¡Ya está, señor!*—contestó el oficial, desapareciendo en seguida.

Kara-Selim pareció haber recobrado de pronto su buen humor; y reía, enseñando sus dientes feroces, mientras decía a sus invitados:

—Ya podéis ir a los jardines para ver los fuegos artificiales.

—Pero ¿qué ha sido esa descarga?—le preguntó Kasbeck.

—¡Oh, nada, absolutamente nada!... ¿Recordáis a ese joven con el que tanto habéis hablado esta tarde?

—¡Ah, sí! El periodista francés, ¿no?

—Sí. Un tal Roule... Roule...

—Rouletabille.

—¡Eso es!... Rouletabille...

—¿Qué?

—¡Ha muerto!

—Es una lástima—repuso Kasbeck a manera de oración fúnebre—, porque parecía muy simpático y deseoso de instruirse.

Kara-Selim ya estaba lejos; intentaba llegar furtiva-

mente a la puerta del harén; pero, con arreglo a la costumbre, sus amigos, tan ágiles como él, le agarraron, y, quitándole las sandalias, consiguieron darle con ellas en la espalda. Esos golpes son el último adiós de los invitados al hombre que se casa, y constituyen una antiquísima tradición turca.

En la puerta del harén fué recibido Kara-Selim por un esclavo con una antorcha en la mano, que le condujo a la habitación nupcial.

Una vez allí, el novio aún no estaba libre de las ceremonias y formalidades impuestas por el uso. Vió a la novia, que, cubierta con el velo rosado, le esperaba al extremo del diván. Kara-Selim la miró, como si verdaderamente no la conociera y tuviese prisa de descubrirle el rostro.

Preguntó, como está ordenado, si podía acercarse a ella; pero he aquí que, para aumentar el suplicio de Tántalo, apareció la *yen-khich-kadina* y desplegó ante el novio una alcatifa bordada en oro y destinada a la oración.

El novio, obedeciendo a aquella invitación, recitó una plegaria, muy corta por cierto. Entonces la maestra de ceremonias se marchó, dejando solos a los nuevos esposos.

Kara-Selim, una vez cerrada la puerta, se acercó a Ivana.

No es costumbre que el novio quite el velo de la desposada sin mediar muchas ceremonias de cortesía; es el momento indicado para demostrar buena educación. Los usos orientales no consienten que un marido se haga culpable de grosería. Además, generalmente, han de hacerse muchos ruegos y súplicas para que el novio consiga vencer la modestia de la novia y conseguir por primera vez la contemplación de sus facciones.

El esposo, luego de repetir tres veces seguidas su demanda, levanta el velo de la esposa y se apresura a testimoniarle su reconocimiento por el favor recibido, colocándole en los cabellos un alfiler de diamantes. La tradición hace obligatorio ese obsequio, porque el marido debe pagar la dicha de ver la cara de su esposa. Y llaman los turcos *yuz-guzmuluk* al regalo que una joven exige para enseñar su rostro.

Kara-Selim, que ya conocía el rostro de Ivana, no estremó tanto la nota. Se acercó a ella, como ya hemos dicho, con bastante galantería; sentóse a su vera y le rogó que se quitara el velo, presentándole a continuación su *yuz-guzmuluk*, que consistía en dos grandes solitarios.

Ivana, con gesto decidido, se quitó el velo, descubriendo un rostro como la cera.

Al ver el obsequio, no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Por qué—preguntó la joven con voz ahogada—no me da el alfiler de costumbre?

—Porque un alfiler pincha—respondió Kara-Selim con aquella horrible sonrisa que casi nunca abandonaba.

Si Ivana, que estaba completamente desarmada, hubiera contado con el alfiler para defenderse, tendría motivo de lamentación. ¡Ahora sí que estaba a merced de Gaulow! Al fin y al cabo, ¿no lo había querido ella?

¿Y el cofrecillo? No estaba allí...

¡No lo veía, no!... Sus ojos, escrutando toda la estancia, no descubrían la causa de tan gran sacrificio. El mueble fatal, por cuya posesión había accedido a ser esclava de aquel hombre, ¡no estaba en la habitación!

En cuanto a Kara-Selim, parecía haber olvidado por completo su promesa.

Contemplaba con tan ardiente mirada a la joven, que

ésta, asustada, retrocedió y retiró sus manos, que él quería conservar prisioneras.

—¿Qué es eso, Ivana? ¿No es mi mujer?—dijo él frunciendo el ceño—. ¿No ha accedido a hacer mi felicidad? ¿Por qué, pues, se aleja de mí?... ¿Le doy miedo?... Ojo, ¿eh?—añadió, volviendo a sonreír a su feroz manera—. ¡Podría suponer que no me quiere!... Y nunca me consolaría de eso—agregó con sorna—. ¡Vamos, Ivana, mi querida esposa, sea buena, déme esas manos tan lindas!... ¿No?... ¿Me las niega?... ¿Me obligará a que las coja por fuerza?... ¿De dónde ha salido esta fierecilla?... ¡Qué importa!... El caso es que Kara-Selim la ha concedido a Kara-Selim... ¡Qué bien se cuida ese señor!... Porque Ivana es blanca, ¡muy blanca!... Generalmenté, las mujeres, en la noche de bodas, están de color de rosa; pero Ivana es blanca como el mármol de las mezquitas... ¡Dichoso Kara-Selim, que tiene la dicha de poseer una rara y excepcional esposa blanca, tan blanca que no se nota la sangre de sus labios!... Pero el dichoso Kara-Selim gustaría de saber lo que su pálida esposa busca por todas partes, menos por donde él se encuentra... ¿Por qué mueve la cabeza?... ¿Por qué aparta la mirada de sus negros ojos, que son los más bellos de las muchachas del Balkán?...

Y, súbitamente, aquella voz sibilante se hizo ruda y brutal para decir:

—¡Bueno, querida! ¡Basta ya de mojigangas!

Y como quiera que Ivana se levantó para huir, él le echó los poderosos brazos, con los cuales la aprisionó hasta casi ahogarla.

—¿Me detestas? ¡Pues dilo, dilo, dilo!... Si tantas razones tienes para odiarme, eso te servirá como desahogo... Y te advierto que no me molestará en lo más mínimo...

Ivana forcejeaba, pero él la retenía con rabia y mala intención.

No dijo más. Echaba espumarajos. El furor le hacía gruñir como una bestia. Quería acercar sus labios a la hermosa cabeza que se le apartaba con horror... Y en aquella lucha encarnizada, hubo un momento en que los dos se cegaron. Gaulow agarró con sus dos manos la cabellera de Ivana como quien coge una presa. Y ella, que había encontrado en la lucha todas sus fuerzas, todo su ímpetu rebelde, todo su rencor y que, además, se daba cuenta de que era inútil proseguir por la astucia un heroico pero imposible proyecto, le hundió en el cuello sus dientes de lobezna. ¡Qué mordisco! Gaulow gritó y la soltó.

—Ha apartado de mí todas las armas—dijo—. ¡Pero me ha dejado mis dientes!...

Kara-Selim, enjugando la sangre de su herida, gruñó:

—¡Prefiero que seas así! ¡Me gustan las fieras! ¡Nos desgarraremos!... Pero ya verás cómo nos queremos...

Ella no le escuchaba. Instintivamente, había retrocedido hasta el balcón. ¡Únicamente por allí podía venirle socorro! Porque ahora esperaba, deseaba el socorro ¡con todas sus fuerzas, con toda su alma!... Gaulow la había mentido... Gaulow no le daba el deseado cofrecillo... (Y si no se lo daba—pensaba Ivana—era porque no quería que se enterase de que había descubierto el secreto y de que conocía los planos de movilización.) Sí: ya que no podía hacer nada por su patria ni matar al hombre aborrecido, ¡consentía en dejarse salvar!... Y esperaba que viniese él, a quien no había querido seguir el día anterior y quien le había prometido volver a pesar de todo y contra todos...

—¿Dónde estás, Rouletabille?—clamaba toda su

alma—. ¿Qué haces mientras Kara-Selim se dispone a saltar de nuevo sobre su presa, a la que acabará por derribar si no acudes?

¡Era capaz de tantas cosas su pequeño Rouletabille!... ¡Había hecho prodigios! ¡Había salvado a todo el mundo! ¿Y no iba a salvarla a ella? ¿Por qué no venía, ya que la amaba y se sabía amado? ¿Es que realmente dejaría que la mancillara aquel bandido? ¡Antes la muertel! Mas no tenía ningún arma para matarse... ¡Oh, Dios del cielo! Pero ¿es que iba verdaderamente a ser la mujer de Gaulow sin haber salvado a su patria?

Detrás de la cortina no había nada...

Palpó la cortina. ¡Esperaba tanto de ella!

Él no podía venir más que por allí... Sabía Ivana que tras la cortina se abría un balcón que daba a un precipicio donde rugían las aguas horribles de un torrente. Pero ¿qué significaba eso para Rouletabille, que no conocía obstáculos, que tenía la inteligencia adivinadora de una divinidad y las alas de una golondrina, que la noche anterior fué a buscarla andando por los tejados? Sin embargo, ¿dónde está ahora que ella lucha contra Kara-Selim? ¿Qué hace? ¿No debería estar allí?

Pero detrás de la cortina no se encontraba nadie y el balcón estaba cerrado por la reja de hierro y por la celosía de madera... ¡Ay! Bien encerrada estaba en la jaula, a solas con Gaulow, cuyo cuello sangraba y que tan pronto bromeaba secándose la sangre, como rugía.

Hubiera podido llamar a los criados... Hubiera podido arrojarla, mediante sus esclavos, a una mazmorra... Pero prefería, bromeando y rugiendo, curarse él mismo el cuello que sangraba, envolviéndolo con unas puntillas arrancadas a la ropa de novia, y prometerse, con júbilo ardiente y feroz, reconquistar a la terrible lobezna que

se defendía y que mordía tan bien y que, precisamente por eso, era un manjar digno de él...

¡Prepara tus dientes, lobezna, que el león afila sus garras!... El bajá negro te mira en el fondo del Castillo Negro. ¡Y Rouletabille no llega!

Kara-Selim ve que el asunto ha entrado por un camino que le gusta. Como siempre le han resistido tan poco, le sorprende agradablemente la resistencia, porque es valiente y no teme ni los golpes, ni los mordiscos, ni el dolor... En la caza, es el más arrojado. Cien veces ha estado a punto de ser despanzurrado por los viejos jabalíes solitarios, cuyas fauces buscaba cuchillo en mano. Y mató personalmente a un servidor excesivamente celoso que, temiendo por la vida de su amo, tuvo la desventurada ocurrencia de mandar una bala a la cabeza de uno de aquellos jabalíes con el que iba a combatir cuerpo a cuerpo mezclando la sangre de los dos, como ocurre en las luchas de dos animales bravos.

Y ¡he aquí un incidente de amor que se parecía a una de sus cazas!

Gaulow, como una fiera, con movimientos felinos, se va acercando a ella...

Entre ambos hay muebles, con los que tropiezan.

¡Qué impulsos y qué retrocesos tan admirables!

De pronto, Kara-Selim la agarra por la falda y hace que se tambalee. Ya están juntos, mezclando sus alientos hostiles y sus estertores de esfuerzo. ¡Ya luchan!

Ruedan, forcejean... Y también esta vez la lobezna del Balkán se sobrepone gracias a sus dientes, que muerden el pulgar derecho del respetado señor.

El respetado señor no ha tenido tiempo más que para saltar hacia atrás sosteniendo su pulgar de la mano derecha.

¡Pero lo tiene completamente cortado!

Ya no rugé, sino que, sentado al extremo del diván, resopla. ¡Necesita descansar un poco y lamerse el dedo! Sí: lo lame como un can reñidor que lame la herida que acaban de producirle.

La batalla resulta interesante. Al menos, él lo dice:

—¡Bien te defiendes, Ivana! ¡Eres una buena hija del Balkán! ¡Qué manera de morder! Pero ¿qué es eso? ¿Lloras? ¿Vas a tener un ataque de nervios?...

Ivana, en efecto, llora con sollozos nerviosos porque Rouletabille no llega y porque el espantoso sacrificio de ella no sirve para nada.

Gaulow continúa:

—¡Serénate un poco, Ivana! Te doy cinco minutos de descanso. También yo necesito respirar... ¡Qué lucha! ¿Eh? ¡Eso es mejor para quererse! ¡Cómo me odias! ¡Ah! No has olvidado que maté a tu padre y a tu madre... ¡Hola! ¿Ya no lloras? ¡Lo celebro! Temía verte a la altura de una pobre mujer... Maté, sí, a tu madre... ¡Qué sablazo le di! ¡Ja, ja! Veo que eso te devuelve el aplomo...

Ivana hace un movimiento para abalanzarse sobre Kara-Selim.

—¡Quieta, fierecilla! ¿Quieres empezar tú? Espera, espera un poco... Cuando haya que empezar de nuevo ya diré yo «*timel*», como en los *matches* de boxeo que hacen en Stambul... Por cierto que tu madre era muy guapa, Ivana. ¡Y qué grito dió cuando le atravesé con mi sable su hermoso cuerpo! ¿Qué te ocurre? ¿Vas a indisponerte otra vez? Ya veras cómo todo esto termina en besos más pronto de lo que tú crees... Pertenece a una raza en que si tuviéramos que continuar detestándonos de generación en generación, nos hubiéramos muerto todos hace mucho tiempo. Tanta matanza mutua han

hecho nuestros padres, que los hijos no encontrarían mujeres con quienes casarse si tuvieran que buscarlas en las familias amigas... ¿Familias amigas? Si las hay, es porque se han perdonado. Yo también, a pesar de todo, estoy dispuesto a perdonar.

»¡Créelo, Ivana! ¡Perdoné a tu padre que matara al mío! Y tú también puedes perdonarme que matara a tu padre y, de propina, a tu madre. De tu tío no hablo, porque no tiene importancia... Claro que no es menester que me perdones en seguida, pero bien puedes hacerlo dentro de dos o tres horas...

»Yo fui allí por lo que fui... y si te he de ser sincero, también un poco por ti... Pero tu tío, de haberlo querido, se hubiera podido ahorrar la vida... Yo sabía que los planos de la movilización búlgara estaban en su casa... Ahora bien: como sabes muy bien, ¡detesto a Bulgaria!... Nos ha hecho mucho daño a mi padre y a mí, para no detestarla. ¡Quisiera verla aniquilada y pisoteada por todas las naciones! Y no me he despedido de acercarme y mismo la antorcha encendida al palacio del zar... ¡Sí! Sofia arderá. Y yo botaré el fuego. ¡No quedará nada de ella, aparte de las ruinas! Y en sus calles crecerá la hierba que haré comer a mi caballo... ¡Alah es grande! Y me he hecho musulmán con la esperanza de que venga ese día...

»¿Verdad, Ivana, que te extrañarías de que yo estuviese enterado del paradero de los planos de la movilización búlgara?... Es que allá tengo policía... Y te advierto que tiene buena organización. Claro está que si te cuento estas cosas, es porque estamos casados... Pues sí: tengo policía hasta en el palacio del zar, hasta en el Gobierno, hasta en las oficinas del Estado Mayor... Precisamente, mi policía de las oficinas del Estado Mayor me enteró de que, todas las noches, el general Vilitchov, tu tío, se

llevaba a su casa, a su domicilio particular, los planos secretos de movilización y el plano secreto de campaña... ¡Eran planos que nadie debía conocer, según parecían... ¡Calcula, pues, si yo tendría interés en tenerlos!... Pero ¿en qué lugar de su casa los guardaría?... Eso faltaba saber... Se le espío... Pero no se pudo conseguir que entrara ningún espía en su casa... Velio era un valiente que no se hubiera vendido ni por millones... Lo maté, pero lo aprecio... Por otra parte, era completamente imposible robar los planos en pleno día al Estado Mayor. No te quejarás, ¿eh?, de las cosas que te cuento... Pero un buen día, cierto espía del Estado Mayor oyó, escondido tras una puerta, un trozo de conversación entre el general Vilitchkov y el otro general en jefe, Radchich. El primero decía al segundo:

»—Por si me ocurriera algo de noche, conviene que sepa usted dónde están los planos. Voy a decirle dónde los guardo. Será usted el único que lo sepa.

»¡Ya puedes suponer, Ivana, cómo aguzaría los oídos mi espía! Pero sólo entendió bien una cosa: que se trataba de una pintura que representaba una Sofía de la catarata. Y si yo acudí tan rápidamente a Sofía, a pesar de los peligros de semejante expedición, fué para encontrar los planos detrás de esa pintura.

»¿La vida del general Vilitchkov?... Me importaba un bledo. Y te repito que, de haber querido él, aún la conservaría. Pero no decía nada a pesar de que le acribillaron a cuchilladas. ¡Es un héroe! Y, desde luego, tiene la culpa de lo que le pasó... ¡Caramba! Me vuelve a salir sangre del cuello. ¡Qué bien me has mordido, fierecilla de mi corazón! No creas, no, que he olvidado la acción de tus dientecillos en mi dedo... Pero ¡ya verás cómo cabamos por entendernos!

Kara Selim, puesto frente a un espejo, se quitaba el vendaje para examinar aquella molesta herida, que no quería dejar de sangrar...

Mientras tanto, Ivana sentía renacer una prodigiosa esperanza. Había escuchado la charla cínica de su horrendo, terrible y bellissimo esposo, con una angustia que aumentaba al par de la esperanza. Gaulow, que creía los planos detrás de una pintura, seguramente no los habría buscado en el cofrecillo. Y a no ser que, por casualidad, hubiera visto la santa Sofía de la base del cofrecillo, los documentos aún estarían en su sitio. Pero entonces, ¿por qué no le había dado la prometida arqueta? ¿Por qué?... No se atrevía a preguntárselo.

Acababa de hablar Gaulow de que había buscado los planos. Y si no los había encontrado aún, la pregunta hubiese engendrado sospechas en él. Ivana, pues, tenía que andar con pies de plomo. ¿Qué hacer? Ya volvía a interesarle únicamente el cofrecillo. Ni pensaba en la triste suerte de ella, ni en Rouletabille. ¡El cofrecillo! ¡El cofrecillo!

Gaulow se volvió.

—Me parece que está más tranquilita, ¿eh?... ¡Qué batallal... Supongo que tendremos materia para reinos mucho tiempo... Oiga... ¿No había oído hablar de esos planos en casa del general?...

—¡Jamás!—respondió.

—¡Ja, ja!... Hay que amansarse, jovencita... ¿Jamás? Lo creo. El general no era hombre que confiara secretos a una muchacha... Pero usted sí que conocería los cuadros del palacio de Vilitchkov y las pinturas de las paredes, ¿eh?... ¿No ha visto una *Sofía de la catarata*? ¿Qué era esa Sofía?

—No la he visto nunca. Además, no sé lo que pueda

querer decir «una Sofía de la catarata»—contestó Ivana, cuya voz temblaba de alegría, porque cuando le hacía semejante pregunta era que no sabía nada, ¡nada!

—Me place, querida Ivana, oírle hablar en ese tono, que es el correspondiente a una mujer bien educada. ¡Qué voz más dulce tiene, a pesar de los mordiscos! Basta ya de riña por ahora, ¿eh?—le dijo con zalamería acercándose a ella.

Ivana le dejó llegar; y él no pudo contener la risa, al verla ahora tan tranquila.

—Ya verá usted cómo acabamos siendo la mar de amigos... ¡Ande, contésteme! Usted, seguramente, me engaña, claro está que por patriotismo; porque usted, Ivana, es muy patriota... ¡Ya lo sé, ya!... Es capaz de todo por su patria. (Ivana se asombró nuevamente, pensando: «¡Lo sabe todo! ¡Se burla de mí!») Pero ahora ya puede hablar... ¡Como usted comprenderá, los planos no están ya detrás de ese cuadro! El general Radchich, que no se encontraba en Sofía el día de nuestra expedición, volvió seguramente a buscarlos al enterarse de la muerte de su compañero. (Ivana respiró de nuevo, pensando que el otro no sabía nada.) Diga, Ivana, diga... ¿Qué es eso de «la Sofía de la catarata»?

Se acercó más a ella y consiguió cogerle una mano, que ella le abandonó. Ivana se decidió de repente: no podía soportar más aquellas atroces alternativas de esperanza y desesperación. Era preciso enterarse, aun exponiéndose a que sospechara... Lo principal era saber... Lo peor era permanecer en la incertidumbre, la incertidumbre que paralizaba a los compatriotas más allá de los Balkanes y del Istrandja-Dagh.

—Se lo diré—repuso ella—si me da lo que me ha prometido.

Gaulow no disimuló que había comprendido en seguida.

—El cofrecillo, ¿eh?—dijo sonriendo casi con alegría.

—Sí, el cofrecillo—repitió ella con voz algo temblorosa—. ¿No me dijo que estaría aquí esta noche?... ¿Por qué no está?... ¡No tiene usted palabra, Kara Selim!

—¿Pero es que no va a pensar más que en ese cofrecillo?... Diríase que ha consentido en casarse únicamente por entrar en posesión del cofrecillo... Eso es muy raro, Ivana—concluyó con sorna Gaulow.

—¿Raro? ¿Por qué?—replicó la joven con voz que, según notaba ella misma, era cada vez menos segura—. Ya le he explicado que contiene joyas y recuerdos de familia que aprecio sobre todas las cosas.

—¡Ah!... ¿Y para hacerse con esos recuerdos ha representado la comedia, accediendo a ser mi mujer, la mujer de Kara Selim, la mujer de Gaulow, asesino de los padres de usted?... Cierto es que el Oriente ha visto muchos dramas que, empezados con sangre, han terminado con amor... Pero ¡no hay que tomar a Kara Selim por un imbécil, Ivana Ivanovna! Ya que aprecia tanto ese cofrecillo, le participo que es suyo y que voy a mandar que se lo traigan en seguida... Pero oiga, querida esposa...

¡El cofrecillo no tiene ya lo que le habían puesto dentro!... ¡Ja, ja! ¡Pone unos ojos como si fuera a expirar!... ¿Verdad que he acertado?... ¿Verdad que Kara Selim no es tan tonto como cierta bella lobežna del Balkán?... ¡Vamos! Serénesese... Al fin y al cabo el cofrecillo es muy bonito y constituye por sí solo un agradable recuerdo... Voy a dar orden para que le traigan el cofrecillo vacío... ¿Lo quiere?

Miró fijamente con sus ojazos, que parecían de agonizante, a aquel hombre, cuyas palabras le iban desgarrando.

do el alma lamentable. Y Gaulow comprendió perfectamente que intentaba leer en él si había acertado completamente. No pudo contener una salida extravagante:

—*Vacío, sí... Créame, Ivana Ivanovna. ¡En ese cofrecillo no hay absolutamente nada que pueda interesarle!... Ya he tenido buen cuidado en ello!... ¡Las cosas que la han inducido a casarse conmigo ya no están allí!...* De todos modos, el cofrecillo es suyo. ¿Lo quiere?

Ivana movió la cabeza. Y como quiera que cediese a un desmayo, Gaulow la recibió en sus brazos.

IV

CÓMO MURIÓ ROULETABILLE

ROULETABILLE y La Candeur, a quienes dejamos habiéndoselas con los soldados al mando de Gaulow, fueron primeramente conducidos a una especie de cuerpo de guardia, bajo la mirada burlona de Priski.

Este no escatimaba nada para molestarles con sus impertinencias. No es que fuese malo; era que se trataba de un espíritu mezquino que no sabía triunfar con modestia ni olvidar las injurias recibidas.

¿No se habían burlado mucho de él? Pues ahora le llegaba su vez.

Por lo demás, Rouletabille ni tan siquiera le escuchaba. Desplomado en un banco de piedra, al lado de La Candeur, no pensaba más que en Ivana, que no podía esperar ningún auxilio, que estaba completamente perdida.

Ya que los proyectos de Rouletabille eran conocidos, no había ni que pensar en realizarlos. Además, ¿cómo escapar a la vigilancia de aquellos veinte guardias terribles que no le dejaban?

¡Todo había terminado!